

# **Iguales metas; distintos destinos. Cinco intentos de modernización: Japón, China, México, Turquía, Egipto**

Amin, Samir

---

**Samir Amin:** Economista egipcio. Director del Foro del Tercer Mundo, con sede en Dakar, Senegal. Conocido internacionalmente por sus estudios sobre los países en desarrollo. Autor de Clase y nación, Desarrollo desigual, y numerosos otros libros, ensayos y publicaciones.

---

*La revolución china de 1911 casi coincidió en el tiempo con el inicio de la revolución mexicana, en 1910. Un muy próximo espacio histórico ocuparon las revoluciones de Atatürk, en Turquía, y la egipcia de 1923. Todas coincidieron - más o menos con la etapa de dominación más neta del imperialismo en el mundo, en la búsqueda de un desarrollo independiente, y todas tienen como antecedente similar la Restauración Meiji del Japón (1867-1868). Sin embargo, estos intentos de modernización capitalista, que se trazaron objetivos semejantes, corrieron muy diferentes destinos. Con la excepción de China, en la periferia del capitalismo, las burguesías locales sólo han podido sobrevivir insertándose en el sistema capitalista mundial y renunciando al desarrollo nacional autónomo y autosostenido que alguna vez intentaron. Pero la historia no se detiene, y está a punto de abrirse un nuevo capítulo, del que dan indicios las revueltas y rupturas sociales que se manifiestan, por aquí y por allá, en todo el Tercer Mundo.*

La revolución china de 1911 ocurrió a comienzos de siglo, en medio de una serie de intentos de modernización, a través de la transformación capitalista. Estos intentos se llevaron a cabo en países no europeos, en la periferia del mundo capitalista, una vez que el imperialismo moderno hubo expandido el capitalismo y por la década de 1890 lo había ya establecido a escala mundial. La revolución mexicana estalló en 1910. Luego, después de la Primera Guerra Mundial, se iniciaron otras

dos revoluciones: una en Turquía conducida por Mustafá Kemal Atatürk, y la otra en Egipto dirigida por Saad Zaghlul y el Partido Wafd.

El antecedente inmediato de estas revueltas fue la Restauración Meiji del Japón (1867-1868). Se trató de una reforma al estilo prusiano, que se llevó a cabo por parte del Estado, al transcurrir la segunda mitad del siglo XIX, en la cual el Japón realizó la transición al capitalismo antes que el sistema capitalista mundial terminara de consolidarse, pero sacrificando su herencia nacional. Hoy en día, luego de casi un siglo de modernización capitalista, se encuentra en los estertores de una radical desculturización. Las revoluciones de México, Turquía y Egipto también buscaron establecer regímenes capitalistas autónomos e independientes. Sin embargo, cuando irrumpieron, luego que el imperialismo se había constituido en una fuerza dominante mundial, fracasaron en su intento de liberar o transformar sus sociedades. La revolución china de 1911 sólo logró preparar el terreno para la revolución democrático-nacional de 1928-1952, la cual transformó al país, pero conservando la continuidad de su historia y cultura. Esto lo consiguió mediante el corte de los lazos que la ataban al sistema capitalista mundial.

Este ensayo intenta evaluar la significación histórica mundial de la revolución china de 1911, primera etapa de una lucha democrático-nacional que hizo posible la modernización, al liberar a China del control imperialista, comparándola con la Restauración Meiji, la cual pavimentó el camino para la modernización dirigida por el Estado y que hizo posible que Japón se uniera al campo imperialista. La segunda parte contrasta las experiencias china y japonesa de transformación nacional con tres proyectos de desarrollo capitalista independiente en el Tercer Mundo: las revoluciones de México, Turquía y Egipto. Sin perjuicio de que los cinco movimientos ocupen el mismo espacio de tiempo, coincidiendo más o menos con la edad de oro del imperialismo (1880-1914), estas últimas no fueron ni democrático-nacionales en su forma, ni tuvieron éxito en alcanzar la modernización. A modo de conclusión, sugerimos algunas razones del porqué.

Históricamente, estas revueltas de la periferia forman parte de un proceso continuo de sublevación revolucionaria que se inició en Europa hace varios siglos. La transición del feudalismo al capitalismo en Europa Occidental es el verdadero punto de partida de la Restauración Meiji y de las revoluciones de comienzos del siglo XX fuera del perímetro europeo.

***Europa hacia el capitalismo (1500-1800)***

La transición del feudalismo al capitalismo en Europa Occidental es un tema de continua controversia entre los historiadores y el análisis marxista aún no ha alcanzado una visión unificada y definitiva al respecto. Sin embargo, existe el acuerdo de que, en general, se tomaron dos vías hacia el desarrollo capitalista, y éstas se ejemplifican mediante los modelos británico y francés de revolución burguesa "desde abajo" y el modelo prusiano de reforma burguesa iniciada y llevada a cabo "desde arriba"<sup>1</sup>.

Antes de seguir más adelante, debemos notar que la expresión "revolución burguesa" en sí es problemática.

La terminología de las revoluciones que instauraron el capitalismo como modo de producción predominante en Europa, emana de la ideología de la clase social triunfante. Esta refleja la visión burguesa del papel histórico que la burguesía ha jugado en la transición del feudalismo a la moderna sociedad capitalista. El problema se hace evidente si la revolución social se define, en general, como transformación cualitativa del modo de producción existente, como resultado de la lucha de clases entre una clase explotadora y una clase explotada e implicando el derrocamiento político de los explotadores por parte de los explotados. Ya que los historiadores marxistas y burgueses estarían de acuerdo en identificar a los señores feudales y a los monarcas como la clase explotadora, los historiadores burgueses reservarían la distinción de clase explotada para la burguesía. No obstante, la historia demuestra que el campesinado y no la burguesía era el grupo social explotado. La lucha de clases durante el feudalismo lanzaba al siervo contra el señor. Al transcurrir el tiempo, esta contienda debilitó y, eventualmente, minó la dominación feudal, lo cual creó las condiciones que favorecieron el auge de la burguesía. Un nuevo modo de producción dirigido por esta nueva clase social fue capaz de desarrollarse en los intersticios del viejo orden, alquilándolo y, finalmente, destruyéndolo.

Al mismo tiempo, la lucha de clases del campesinado contra la nobleza terrateniente, liberó en forma creciente a siervos del dominio feudal. Enormes extensiones de propiedad feudal pasaron a manos de los campesinos. Esto a su vez, aceleró la diferenciación social dentro del campesinado. En la medida que los centros urbanos crecían y que sus habitantes burgueses prosperaban, se creó un mercado conside-

---

<sup>1</sup>Ver por ejemplo, Amin, Samir: *Class and Nation, Historically and in the Current Crisis* (Nueva York, Monthly Review Press, 1980). Dobb, Maurice et al.: *The Transition from Feudalism to Capitalism* (Nueva York, Schocken, 1978). Soboul, Albert: *Problèmes Paysans de la Révolution, 1789-1848* (París, Maspero, 1976).

able para los productos agrícolas, lo cual dio origen a una nueva clase de campesinos ricos, una suerte de burguesía agraria o kulaks. En consecuencia, la lucha de los productores campesinos limitó el poder de clase de los feudales, permitiendo así que una burguesía comercial y manufacturera creciera y se desarrollara junto al viejo modo de producción y creara en las filas del mismo campesinado un estrato con características burguesas.

En el curso de su propia lucha, la burguesía en ascenso fue obligada a luchar en contra del absolutismo feudal y a formar alianzas con un segmento muy amplio de las masas campesinas aún no liberadas de la explotación feudal. La revolución «burguesa» fue en realidad una revolución campesina conducida por una burguesía incipiente necesitada de aliados. Esto fue así en las dos revoluciones inglesas del siglo XVII, la revuelta de los puritanos de Oliverio Cromwell (1642-1649) y la "Gloriosa Revolución" de 1685 y en la Revolución Francesa de 1789. La expresión revolución burguesa es, por lo tanto, inapropiada y diversionista. Ella oculta el hecho de que las revoluciones inglesa y francesa fueron preeminentemente revoluciones campesinas, en las cuales la burguesía no sólo usurpó las conquistas revolucionarias, con sólo asegurar su colaboración, sino que se adelantó a la aguda lucha de clases del campesinado, alcanzando el poder político.

La ideología, forma de conciencia que emana de la percepción distorsionada de la existencia social, jugó un papel importante, justificando y expandiendo el poder de clase de la burguesía europea. En las complejas formaciones precapitalistas, la transparente explotación de clase era disfrazada por medio de la religión - cristianismo, confucionismo, islamismo -, la cual la justificaba como un preordenamiento divino e inalterable<sup>2</sup>. La sociedad burguesa fusionó el cristianismo, la ideología precapitalista de Europa, con una nueva fe en las leyes de la oferta y la demanda gobernadas por el valor de cambio de las mercancías. Bajo el capitalismo, el cristianismo fue reemplazado por el fetichismo de la mercancía como la ideología dominante y éste asumió un rol secundario. El fetichismo materialista opacó las relaciones de clase, oscureciendo los mecanismos de la explotación de clases. En el lugar de las verdaderas relaciones sociales que unían a hombres y mujeres en la producción, los productores, al igual que los capitalistas, percibían las relaciones sólo como entre ellos y las mercancías. La ideología de la explotación capitalista también devino en la ideología del colonialismo, del imperialismo y del racismo<sup>3</sup>.

<sup>2</sup>En sus desarrollos burgueses, la Cristianidad, especialmente el protestantismo, con su culto de la Humanidad abstracta, reflejó con nitidez la materialidad de la mercancía como expresión abstracta del trabajo humano. Ver a Marx sobre el fetichismo de la mercancía. Marx, Karl: Capital, Vol 1, Part 1, cap. 1, Sec. 4 (Nueva York, International Publishers, 1974); ver Amin, Samir: L'eurocentrisme (Antropos, 1988).

<sup>3</sup>Ver Amin, Samir: Unequal Development (Nueva York, Monthly Review Press, 1976).

La historia de Europa Occidental señala un segundo camino mediante el cual el capitalismo pudo emerger y desarrollarse. Un camino que no requirió que la burguesía buscara aliarse con el campesinado. La vía prusiana hacia el capitalismo vio a la burguesía apoderarse del Estado sin recurrir a la revolución campesina y transformarlo desde arriba; de ser un instrumento de sometimiento feudal a otro de hegemonía burguesa. Este fue el camino seguido por Japón a fines del siglo XIX, al tiempo que el proceso de transformación capitalista en su fase imperialista alcanzaba proporciones globales.

### ***La Restauración Meiji***

La Restauración Meiji de 1868 marca el paso del Japón de la sociedad mercantilista a la sociedad capitalista y resulta difícil calificarla como una revolución burguesa al estilo occidental.

La Restauración tuvo lugar en momentos en que el orden capitalista mundial estaba siendo consolidado dentro de una sociedad que había alimentado tendencias capitalistas bajo el dominio burocrático absolutista de los shogunes Tokugawa. Al igual que Europa Occidental en vísperas de la modernización, el Japón de los últimos Tokugawa era una formación social transicional, que manifestaba un rápido desarrollo hacia el capitalismo. A pesar de unas 3.000 revueltas campesinas durante la era premoderna, las reformas Meiji no emergieron del tipo de revolución campesina dirigida por la burguesía que caracterizó la transición hacia el capitalismo en Inglaterra y en Francia. Políticamente, esta transformación tomó inicialmente la forma de una simple restauración de la autoridad imperial, acompañada por una abolición del shogunato. El dinamismo que demolió el viejo orden y que creó un nuevo régimen político, vino del estrato inferior de la antigua clase samurai. Estos guerreros eran de estirpe campesina rica y, en ese sentido, eran comparables a los granjeros ricos ingleses de los siglos XVI y XVII. Pero la Restauración no fue el producto de una alianza entre una burguesía rural y urbana y un campesinado explotado como en Europa Occidental. Estructuralmente, se pareció al modelo prusiano de modernización iniciada desde el Estado<sup>4</sup>.

El estrato superior de la sociedad guerrera sobrevivió la Restauración en su mayor parte deviniendo en nobles, aunque algunos se convirtieron en grandes capitalistas o grandes terratenientes. Sin embargo, la verdadera ubicación del poder estaba entre los estratos inferiores de los exsamurais, grandes familias de comerciantes y de

<sup>4</sup>Sobre Japón, ver Anderson, Perry: *Passages from Antiquity to Feudalism* (Nueva York, Schocken, 1978). Dobb, Maurice: *Transition*. Shiokawa, K. «Les historiens japonais et le mode de production asiatique», *La Pensée*, N° 122, 1965.

un nuevo grupo emergente de emprendedores comerciantes-políticos. Estas fuerzas colaboraron estrechamente con el régimen Meiji, el cual inició el proceso de modernización utilizando el poder del Estado para despejar los escombros de la vieja sociedad y sentar las bases de la nueva. Con la ayuda y la protección del Estado se transformaron en una burguesía nacional, convirtiéndose en la nueva clase dominante. De este modo, una monarquía burguesa se estructuró con el emperador como jefe del Estado.

La modernización del Japón fue sobre todo un proceso de préstamo y adaptación tecnológica dirigido a dominar lo más rápidamente posible las técnicas de producción y organización industrial que sostenían la economía y principalmente el poder militar occidental. La creación de un ejército moderno presuponía la modernización completa y total de la burocracia del Estado, las redes de comunicaciones y transporte y de la producción fabril, la cual el Estado fomentaba, estableciendo industrias-piloto financiadas y administradas nacionalmente. Impuestos desde arriba por el aparato centralizado del Estado, las reformas que cumplieron con estas tareas fueron también instrumentales para consolidar el poder de clase de la incipiente burguesía japonesa.

El desarrollo dirigido por el Estado y centrado en lo militar llegó a depender de una burguesía rural terrateniente y de una burguesía urbana industrial. La articulación entre la gran propiedad agraria y el capital urbano constituyó el principal apoyo del poder del Estado y fue un factor crítico para la rápida industrialización del Japón<sup>5</sup>.

Otras características también le prestaron originalidad al capitalismo japonés. Bajo el impacto de la expansión del capitalismo urbano, la población rural creció constante y rápidamente, rasgo que es compartido hoy en día por países en la periferia capitalista. En el caso del Japón, la industrialización fue "autocéntrica", es decir autosostenida y expansiva, y el exceso de población fue eventualmente absorbido. El capitalismo en los países subdesarrollados modernos es, sin embargo, "excéntrico", es decir dependiente y dominado por la metrópolis capitalista. El exceso de población no puede ser empleado de manera útil, lo cual refuerza la tendencia hacia el estancamiento, el crecimiento desequilibrado y la dependencia<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup>Esta alianza suministró los fondos necesarios para financiar las reformas Meiji por la vía del impuesto a la tierra de 1873, lo cual arruinó a muchos agricultores independientes y se aplicó parcialmente a los campesinos pobres por parte de los terratenientes, bajo la forma de una exorbitante renta de la tierra.

<sup>6</sup>Amin, Samir: *Unequal Development*, op. cit.

El peso de la población rural y las abusivas rentas cobradas por los terratenientes a los inquilinos, pagadas en dinero constante y sonante, servían para mantener bajo el ingreso de los campesinos. Los ingresos rurales se mantuvieron inalterables hasta la Segunda Guerra Mundial, deprimiendo así los salarios de los trabajadores industriales, la mayoría de los cuales era reclutada en las aldeas. Estos factores mantuvieron el nivel de los salarios japoneses por debajo del de los trabajadores europeos durante todo el período de industrialización anterior a la Segunda Guerra Mundial. Los bajos ingresos rurales y urbanos en general restringieron la demanda de bienes y servicios y la estrechez comparativa del mercado nacional hizo que Japón recurriera a la expansión militarista.

En la medida que Japón luchaba por abrirse paso hacia el centro del capitalismo mundial a fines del siglo XIX, el paternalismo estatal llegó a jugar un rol importante, al asegurarle al capital una dócil fuerza laboral. Tal como en la Europa Occidental durante el mismo período, la burguesía formó una alianza con la clase obrera, cooptándola a través de políticas socialdemocráticas. Esta alianza reforzó la solidaridad nacional para la defensa, el desarrollo del capitalismo y del imperialismo. Los hábitos paternalistas de los dueños de fábrica y un original estilo japonés de aprendizaje técnico también jugaron un papel importante. Los trabajadores calificados no eran entrenados «horizontalmente» en los diferentes sectores industriales, como en Europa, donde se promovía la intercambiabilidad de los oficios y la movilidad laboral era fomentada activamente; más bien las empresas y talleres japoneses, empleando la tecnología occidental, entrenaban a los obreros en cada una de las fases de la producción para propósitos específicos y confiaban en las prácticas paternalistas para limitar la mudanza laboral.

La inestable coexistencia entre las burguesías industrial y agraria, más otras características peculiares del capitalismo japonés, brindaron la base económica para un escalafón de salarios basado en la edad y un sistema de empleo de por vida en la misma empresa. (En realidad, la aldea suministró el modelo sobre el cual se basó el sistema de la fábrica). La ausencia de un campesinado revolucionario y la alianza terrateniente industrial también explica por qué la burguesía no se sintió obligada a implementar medidas de reforma agraria hasta después de 1918, año de rebeliones del arroz en todo el país.

El capital monopólico japonés, formado en la década de 1890, fue sitiado por la agitación rural en torno a la protesta de los arrendatarios durante la década de 1920. La burguesía implantó leyes reformistas dirigidas a limitar la tenencia de la tierra y a fortalecer al campesinado mediano independiente, leyes que tuvieron un efecto

limitado debido a la resistencia de los terratenientes. Esta legislación restringía las prerrogativas de los terratenientes e indicaba que la influencia social y política de la gran burguesía agraria había sido eclipsada por su socio industrial, el cual procedió a establecer un capitalismo monopólico estatal durante la década de 1930.

En todo caso, la burguesía agraria no fue destruida como clase, sino hasta la reforma agraria en gran escala impuesta por las fuerzas de ocupación norteamericanas al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La reforma agraria de 1947 expandió la capa de campesinos propietarios independientes y alrededor de 1950 había ya virtualmente eliminado del campo a los grandes terratenientes. Al mismo tiempo, la reforma abrió las áreas rurales a la penetración del capital y expandió grandemente el mercado nacional, aportando una de las bases sobre las que se construyó la economía de alto crecimiento japonesa de las décadas del 50 y del 60.

Otras dos ventajas demostraron ser fundamentales para asegurar la reemergencia del Japón como una potencia industrial de primer orden durante el período de posguerra; éstas fueron: una escala de salarios relativamente baja y el cambio de un Japón con dominio colonial exclusivo sobre países de la periferia capitalista durante la preguerra, a la dominación por la vía del comercio y las inversiones, que es como el imperialismo japonés se reafirmó durante los años 60.

La ideología generada por el capitalismo japonés, tanto como el curso de su misma modernización, despliega cierto número de características originales. La nueva clase dominante y los burócratas Meiji heredaron y conservaron intacto el sistema de valores y la ideología absolutista del confucionismo, lo cual le brindó a la sociedad Tokugawa una filosofía social coherente, que justificaba el absolutismo burocrático del shogunato. A pesar de que el confucionismo era la ideología dominante del modo de producción tributario de la China (ver a continuación), fue fácilmente transferido al Japón de los Tokugawa, donde la clase dominante lo adaptó a la estructura social absolutista del país, basada, al igual que el sistema tributario chino, en la explotación de clases. La fusión del fetichismo mercantilista y la ideología precapitalista dentro del marco de una monarquía burguesa brindó un sello distintivo a la ideología dominante y confirmó la fisonomía peculiar de las relaciones capital-trabajo del Japón (bajos salarios industriales, peternalismo empresarial, solidaridad, gerencia-trabajadores, etc).

Las reformas Meiji pusieron a Japón en el camino de la modernización capitalista, lo salvaron de la colonización occidental y transformaron al país en una potencia capitalista. Hoy en día, el Japón ha sobrepasado a sus mentores occidentales en va-



rios campos industriales. No obstante, y a pesar de su probado éxito, el modelo japonés de transformación capitalista desde arriba no ha sido emulado en otras partes de la periferia del mundo capitalista. China, el vecino inmediato del Japón, con cuya clase gobernante precapitalista compartía muchos rasgos - incluso su ideología estatal durante los gobernantes Tokugawa - eligió una ruta de desarrollo nacional muy diferente.

### ***La revolución china de 1911***

Tal como el Japón siguió el modelo de desarrollo prusiano o reformista, el camino de la modernización china, similar al seguido por Inglaterra o Francia, fue revolucionario de verdad. Los revolucionarios chinos, tal como los reformistas Meiji antes que ellos, fueron obligados a luchar y a superar la intervención imperialista, pero a diferencia de Japón o Europa Occidental, la revolución china de 1911 tuvo sus raíces en la lucha contra el modo de producción tributario.

El modo de producción tributario se caracteriza por la presencia de un Estado centralizado, el cual extrae la tributación o el plusproducto de los campesinos y otros productores directos, mediante medios de coerción extraeconómicos. En estas formaciones sociales, las fuerzas productivas estaban lo suficientemente desarrolladas como para que la plusvalía fuera capaz de sostener un gran aparato estatal, cuyo papel en la organización de la producción y la vida social era preponderante. En las sociedades tributarias, el intercambio económico está basado en el valor de uso de los bienes, es decir en su utilidad y no en su valor de cambio (determinado por la ley del valor) como en las formaciones sociales capitalistas<sup>7</sup>. El pago del tributo se aseguraba en gran medida, pero no exclusivamente, a través del consenso social, el cual se mantenía mediante la ideología dominante, generalmente alguna forma de religión de Estado.

A mediados del siglo XVII, la China imperial tenía una población de 150 millones. Dadas las condiciones sociales y el nivel técnico de la época, su superficie arable de alrededor de 100 millones de hectáreas, aproximadamente el área de cultivo actual, era la adecuada para la tarea de alimentar a mucha gente. La alta densidad de po-

---

<sup>7</sup>Esto significa que el producto con que se queda el productor es en sí, directamente, un valor de uso dedicado al consumo en general y para el propio consumo del productor. Pero el producto extraído por la clase explotadora es también directamente un valor de uso para esta clase. La esencia de este modo de producción tributario es entonces una economía natural sin intercambio, pero sí con transferencias (el tributo es uno solo) y redistribuciones. Ver Amin, Samir: *Class and Nation*, op. cit. Sobre la China precapitalista, ver Marx et la Chine (París, Plon, 1976); Balacz: *La Bureaucratie Céleste* (París, Gallimard 1969); Chesneau, Jean: *Popular Movements and Secret Societies in China, 1840-1950* (Stanford University Press, 1972).

blación permitió al país mantener la productividad del trabajo agrícola a un nivel relativamente elevado para el período y el sistema de coerción tributaria impuesto sobre las comunidades campesinas mediante un Estado fuerte, centralizado y armado con la ideología confucionista, hizo de China una potencia mundial.

Entre mediados del siglo XVII y fines del siglo XIX período que coincide aproximadamente con la dominación Tokugawa en Japón - China experimentó una profunda crisis económica y social. Durante esos 200 años, su población creció rápidamente de 150 a 450 millones, pero sin acusar un aumento sustancial de la tierra en explotación o de la productividad agrícola. Durante este período, nunca se hicieron presentes las tendencias capitalistas en China, ni siquiera durante los años de prosperidad del siglo XVII. Sin embargo, a mediados de 1800 el capitalismo europeo se hallaba en plena expansión y había empezado a colonizar China, encontrándose con un Estado periférico demasiado estragado por la crisis para formular una respuesta nacional, como lo hizo Japón.

El origen de los problemas de China radica en el empobrecimiento progresivo de sus masas campesinas, producto principalmente de crecientes presiones demográficas sobre una limitada base territorial. Esto significó un plusproducto decreciente a ser extraído del campesinado y, en consecuencia, una disipación de la influencia del Estado en los niveles locales y regionales de gobierno. Ni la dinastía gobernante Qing ni la burguesía nacional luego de 1911, la cual controló vastas áreas del país a través del Partido Nacionalista o Guomintang por más de veinte años, fue capaz de revertir esta situación. La solución del problema de la pobreza rural y de la fragmentación de la autoridad central tuvo que esperar las fases democrático-nacional y socialista de la revolución, llevadas a cabo bajo la conducción del Partido Comunista entre 1949 y 1980.

El deterioro de las condiciones políticas y económicas a comienzos del siglo XIX agravó los antagonismos de clases en China, lo cual condujo a enfrentamientos sociales y a levantamientos campesinos, que debilitaron aún más el poder central. Las guerras del opio de 1838-1842 y 1856-1857 abrieron los puertos chinos a las mercancías occidentales y señalaron el inicio de los enclaves imperialistas en la soberanía china, como también dieron origen a las primeras luchas antimperialistas del país. Estas fueron seguidas entre 1850 y 1865 por una gran revuelta interna, la rebelión de Taiping, que fue de hecho un intento de revolución campesina. La rebelión, de quince años de duración, desgarró el tejido de la sociedad precapitalista china y le propinó un golpe efectivo a la ideología confucionista de la clase dominante. Esta rebelión es importante por su carácter anti-Qing y antiimperialista, y

porque fue conducida por campesinos, antes que el sistema imperialista mundial hubiese alcanzado la dominación global. Con su énfasis en un comunismo campesino y la liberación cultural, política e ideológica, esta revuelta también anunció muchos de los puntos más tarde tomadas y desarrollados por el Partido Comunista de China.

La Rebelión de Taiping fue aplastada por las fuerzas del gobierno Qing, ayudadas por tropas británicas y francesas, pero dejó una impresión duradera en las masas chinas, y la lucha de clases continuó intensificándose en las áreas rurales. En los primeros años del siglo XX, el conflicto de clases culminó en el movimiento revolucionario que derrocó al gobierno Qing en 1911. Dirigido por Sun Yat-Sen, el movimiento condujo a comienzos de 1912 a la creación de la República de China y, en ese mismo año, a la formación de un partido nacionalista que fue precursor del Guomintang. Durante este período de transición, el Estado tributario precapitalista Qing fue desmantelado y en su lugar empezó a tomar forma un Estado moderno, bajo la conducción de la burguesía. Sin embargo, dentro del movimiento nacional-reformista fue posible que se desarrollara una lucha de liberación antimperialista, y de este embrión emergió un movimiento verdaderamente revolucionario. La creciente militarización campesina en las zonas rurales creó las condiciones favorables para la formación del Partido Comunista Chino, el cual fue fundado a comienzos de 1921. Dos años después de la muerte de Sun Yat-Sen, en 1923, el Guomintang fue reorganizado sobre bases antimperialistas e inició la reunificación del país destrozado por las luchas.

A fines de los años 20, Mao Zedong, un comunista de origen campesino de la provincia de Hunán, demostró el potencial revolucionario del campesinado chino. Alzándose como líder del partido se opuso exitosamente a la línea oportunista burguesa de Chen Duxiu, uno de los fundadores del Partido Comunista y durante los años 30 derrotó la línea ultraizquierdista de Wang Ming. Mientras combatía las tendencias equivocadas en el partido, Mao estableció un baluarte rojo, una forma de alianza obrero-campesina en el campo, desarrolló los conceptos de la guerra popular y de la democracia popular y abrió un camino para la transformación de lo que se había iniciado como una insurrección campesina en una revolución socialista.

En perspectiva histórica, la Revolución de Sun Yat-Sen en 1911 aportó el basamento para una genuina revolución democrático-nacional, a pesar de que esta no se logró sino hasta después de 1949. La revolución de 1911 no sólo barrió con los remanentes del anticuado Estado tributario, lo cual permitió que China se modernizara

y se liberara de la dominación extranjera, sino que el proceso revolucionario que se inició entonces transformó las relaciones sociales de producción dentro del país y revolucionó las relaciones entre el Estado y el campesinado, avanzando hacia la eliminación de la explotación de clases. La China revolucionaria no sólo supo utilizar bien la tecnología científica, sino también la ciencia social revolucionaria, tomadas en préstamo de Occidente.

En Japón, el gobierno Meiji tomó muchísimo prestado de la tecnología occidental, empleando los conceptos de la democracia burguesa separada de su contenido antifeudal, y sólo como un apoyo ideológico para la transformación dirigida por el Estado capitalista. Sin embargo, la revolución china de 1911 anti-Qing y antimperialista, fue el producto de un vasto movimiento social, cuyos líderes estaban conscientes de que China tendría que ser transformada radicalmente, desde las bases hacia arriba, si habría de modernizarse. Este movimiento estaba profundamente enraizado en las masas y no dejó ningún sector social sin tocar. Los revolucionarios chinos no sólo estaban preocupados por la introducción de la tecnología y la ciencia occidentales; la cuestión era si adoptar francamente, junto con el modo capitalista de producción, las formas occidentales de organización y pensamiento social, particularmente la ideología democrático-burguesa con el objeto de construir una nueva China.

La revolución iniciada por el movimiento de Sun en 1911 perdió, no obstante, su ímpetu. La clase que debió haber organizado la lucha del pueblo contra la explotación interna precapitalista de clases y contra la agresión externa imperialista, la burguesía nacional, careció de fuerza y cohesión para darle al movimiento una dirección general que canalizara la radicalización del campesinado hacia una meta de liberación nacional; en una palabra, no supo asumir el control de la revolución. Esta tarea recayó sobre los representantes organizados de las masas trabajadoras, el campesinado y el proletariado. El manto de la dirección revolucionaria pasó en los años 20 y 30 de la débil y dividida burguesía al Partido Comunista Chino, conducido por la estrategia revolucionaria de Mao Zedong. Mao planteaba una revolución democrático-popular antimperialista bajo la dirección del Partido Comunista, basada en una alianza revolucionaria de obreros y campesinos, en la cual el campesinado constituiría la fuerza principal. Esta tendría que ser la condición para transferir la dirección de la revolución de la burguesía al proletariado. La fase democrático-nacional conduciría a la transformación socialista, a través de un proceso por etapas de revolución ininterrumpida.

A pesar de haber anunciado el inicio de esta transición revolucionaria, la revolución de 1911 no fue capaz de lograr la democracia nacional. Esta tuvo que esperar la revolución china de 1949 y el nacimiento de la República Popular China. La transformación democrático-nacional iniciada en 1911 se consumó entre 1949 y 1952, dentro del marco del Estado socialista, y de una forma bastante diferente a la imaginada por la burguesía china en 1911. Esta revolución fue llevada a cabo en las zonas rurales a través de una radical reforma agraria, que entregó la tierra a los trabajadores del agro y eliminó las relaciones de explotación arrendatario-terrateniente y otras formas de injusticia clasista. Bajo el Guomintang, la tendencia burguesa se había opuesto a una reforma agraria intensiva y apoyaba medidas tibias, que más bien reforzaban el poder de la clase terrateniente y del campesinado kulak. La reestructuración de las relaciones de clase rurales permitió el rápido acceso de la etapa democrático-popular de la revolución a la llamada construcción socialista, a mediados de los años 50. Esta transformación socialista del agro se inició con los movimientos cooperativos y de alto nivel de colectivización y con la formación de las Comunas Populares, unidades colectivas de producción diseñadas para abolir las formas anteriores de explotación social. En los centros urbanos, la administración estatal de la industria también acortó el período de tutelaje democrático-nacional y el nuevo gobierno, rápida y pacíficamente, se encaminó hacia la abolición de la propiedad capitalista<sup>8</sup>.

La moderna transformación china fue más profunda y de mayor alcance que la reforma que dio inicio a la transición del Japón hacia la modernidad y que ha determinado su curso desde 1868. La fase democrático-nacional de la revolución china, en la que la alianza obrero-campesina, y no la burguesía, jugó el principal rol de transformación, hizo posible la creación de las llamadas relaciones socialistas de producción basadas en la supresión de la explotación de clase. Esta fase señaló el camino de la evolución de un nuevo modo de producción capaz en sí de eventualmente sobrepasar el nivel de desarrollo social y humano alcanzable bajo el capitalismo.

Esto no significa que la siguiente etapa de la revolución ininterrumpida china haya sido capaz de resolver todos los problemas de la primera. Luego del período democrático-popular, surgió una lucha entre dos estrategias para el desarrollo: una basada en el pleno florecimiento de las relaciones de producción, apuntando hacia una rápida transición hacia el socialismo y la otra en la reemergencia de algunas relaciones sociales capitalistas. Esta contradicción destaca un problema de la transi-

<sup>8</sup>Sobre la transformación revolucionaria de China ver Bettelheim, Charles: *Cultural Revolution and Industrial Organization in China* (Nueva York, Monthly Review Press, 1975). Bouc Alain: *Mao ou la Révolution Profonde* (París, Seuil, 1975).

ción al socialismo: las viejas formas de explotación siguen existiendo y aparecen otras nuevas bajo la administración estatal de la sociedad, hasta tanto la productividad social se haya desarrollado a un punto tal en que la explotación se haga imposible<sup>9</sup>. A pesar de estas dificultades, en su dimensión nacional, el camino chino hacia la modernización promete mucho más para el futuro que la vía tomada por el Japón.

La revolución china también aporta un agudo contraste con la Restauración Meiji, en cuanto a desarrollo ideológica. La alianza obrero-campesina de China no sólo desafió al imperialismo extranjero y a las bases sociales, económicas y políticas del modo de producción tributario, sino que también atacó la ideología de la explotación que la producía y sostenía, el confucionismo. La aguda crítica de la ideología tradicional formulada pro Mao Zedong estaba inmersa en el lenguaje popular chino. De este modo, las ideas radicales del campesinado chino fueron combinadas con el marxismo contemporáneo para producir una síntesis de pensamiento revolucionario particularmente rica. En esta perspectiva, el maoísmo contiene un enorme potencial para el futuro desarrollo material y cultural chino, ya que éste asegura la continuidad de la historia y tradiciones culturales chinas, pero haciéndolo dentro del contexto de un nuevo modo de producción, dominado por los valores de uso, pero purgado de las prácticas de la explotación social del pasado. Estas tradiciones podrían aquí encontrar su más elevada forma de desarrollo, sirviendo las necesidades y expresando las aspiraciones del pueblo trabajador y no de un pequeño número de opresores.

Demás está decir que China continúa siendo pobre y subdesarrollada. La productividad y el desarrollo industrial se encuentran muy rezagados detrás de los niveles alcanzados por el Japón capitalista. El atraso relativo del país continuará durante muchas décadas, planteando un grave obstáculo para la realización del potencial revolucionario del pensamiento de Mao y la erradicación de la explotación de clases. Sin embargo, y en último caso, las perspectivas de éxito son elevadas.

El modelo japonés de desarrollo, en vez de atacar la ideología precapitalista, la incorporó en forma selectiva al pensamiento burgués, conservando los valores tradicionales, con el objeto de fortalecer las relaciones de producción capitalista y conservar la explotación de clases bajo una nueva forma. Los valores sociales precapitalistas, sin embargo, ahora parecieran haber perdido su utilidad. La escala ascendente de salarios basada en la antigüedad, empleo vitalicio y otras prácticas laborales tradicionales no son ya suficientes para asegurarle al Japón un lugar prominente

---

<sup>9</sup>Amin, Samir: Unequal Development.

te en la división internacional del trabajo, es decir, ya no son garantía de competitividad internacional. Hoy en día, el capital japonés está obligado a buscar una mayor flexibilidad en el mercado laboral y a adoptar las formas de explotación capitalista del Occidente industrializado. Las técnicas administrativo-laborales precapitalistas están siendo rápidamente reemplazadas; más bien, se están convirtiendo en obstáculos para un mayor desarrollo económico. De manera creciente, el sistema de valores del Japón perderá su rasgo distintivo nacional y se parecerá cada vez más a los valores comunes de Norteamérica y Europa Occidental. Al experimentar una ruptura en la continuidad con su pasado, el Japón se encuentra hoy en día al borde de una completa desculturización. Aquellos aspectos de su herencia cultural todavía basados en los valores de uso, es decir, que poseen una utilidad intrínseca para la sociedad, independientes de su valor mercantil, están siendo arrasados, puesto que la lógica de las relaciones capitalistas de intercambio prevalece en todas las áreas de la vida social y cultural.

### ***Tres revoluciones fracasadas***

China y Japón no fueron los únicos países de la periferia del mundo capitalista que resistieron la penetración imperialista en su intento de modernizarse dentro de sus propias condiciones. México, Turquía y Egipto también se plantearon la transformación burguesa. Sin embargo, al surgir después que el imperialismo hubo alcanzado hegemonía global, estos movimientos se estancaron y demostraron su incapacidad de diseñar una vía independiente hacia el desarrollo nacional.

México. La revolución mexicana, al igual que la china, se inició como una revuelta campesina. La rebelión que estalló en 1910 comprometió a varios estamentos sociales, se desarrolló de manera desigual y se movió en varias direcciones diferentes al mismo tiempo, pero el ímpetu vino de una población campesina alzada. Los levantamientos campesinos apuntaron hacia la gran propiedad territorial, que prevalecía, y hacia el modo de explotación precapitalista, que existía como un agregado necesario para el capitalismo mercantil mexicano. El sistema de la gran propiedad agraria había sido introducido por los colonizadores españoles, luego de las conquistas del siglo XVI. Los propietarios latifundistas permitían la coexistencia de la sociedad comunitaria indígena con la gran propiedad agraria, sometiendo al trabajador indígena a la servidumbre a través del inquilinaje y de otras prácticas feudales. A pesar de sus rasgos feudales, la gran propiedad agraria producía para el mercado europeo en expansión. Como en otras partes de América Latina, ésta se convirtió en un eslabón marginal en la cadena de intercambios desiguales creada por el capitalismo mercantil europeo durante los siglos XVI y XVII. La indepen-

dencia mexicana lograda en 1821 confirmó el ascendiente económico, político y social de la gran burguesía latifundiaria. A fines del siglo XIX, el capitalismo agrario, apoyado por el rápido crecimiento de propiedades privadas más pequeñas, se había integrado por completo al sistema capitalista europeo, constituyendo sus formas precapitalistas de servidumbre campesina la principal base de sustentación de la economía latifundiaria<sup>10</sup>.

La revolución mexicana conservó su carácter de rebelión campesina durante aproximadamente una década. La revuelta fue dirigida en el sur por Emiliano Zapata y en el norte por Pancho Villa. Los ejércitos campesinos, que en su mejor momento de 1914 y 1915 llegaban a unos 100.000 hombres, quebraron el espinazo de la dictadura de Porfirio Díaz, logrando algunas reformas políticas y sociales, las cuales quedaron contempladas en la Constitución de 1917. Estas incluían: liquidación del latifundio, abolición del inquilinaje, reforma agraria (más simbólica que real), legislación laboral, separación de la Iglesia del Estado, educación laica y el establecimiento del control absoluto sobre los recursos del país. Las reformas fueron implementadas lentamente, a través de los siguientes veinte años, y no se intentó redistribuir la tierra sino hasta 1934, cuando una nueva oleada de agitación campesina forzó la acción. Los frutos de la revolución campesina de México no fueron cosechados por el campesinado, sino por la burguesía nacional, compuesta por intereses agrarios e industriales. Apoyada por su propio ejército constitucional y reconocida por los EEUU, usurpó el poder político y volcó la movilización campesina hacia metas reformistas y no revolucionarias. Hoy en día, en lo esencial, este poder permanece no cuestionado.

En ese sentido, la revolución mexicana fue una rebelión campesina copada y desviada por la burguesía. Ella se parece a la revolución inglesa del siglo XVII y a la revolución francesa de 1789. No obstante, la mexicana tuvo lugar dentro de una formación social que ya había sido marginalizada y subordinada al centro capitalista y, en ese sentido, es más fácil compararla con la revolución china de 1911. La experiencia mexicana de modernización sugiere el destino que pudo haber tenido China si la revolución de 1911 no hubiese producido un radical movimiento democrático-nacional. En el caso mexicano, no hubo un fuerte movimiento proletario bajo la dirección de una organización comunista o socialista que desafiara la hegemonía burguesa sobre la revolución.

---

<sup>10</sup>Ver Cardoso, F.H.: *Sociologie du Développement en Amérique Latine* (París, Anthropos, 1971). Furtado, Celso: *Economic Development of Latin America* (Cambridge university Press, 1977). Herzog Silva, Jesús: *La Révolution Mexicaine* (París, Maspero, 1968).



Luego de varias décadas de desarrollo capitalista, México es todavía un país subyugado y estrechamente sometido a la desigual división internacional del trabajo. En tanto Japón tuvo éxito para alcanzar rápidamente el corazón del sistema imperialista, el desarrollo nacional de México, llevado a cabo en un período diferente de la historia mundial, ha permanecido atado a las estrategias del capital monopólico internacional. A pesar de la similitud con la vía revolucionaria francesa, el camino mexicano hacia la modernización no ha generado un desarrollo industrial vigoroso; por el contrario, ha mantenido al país dependiente y subdesarrollado.

Turquía. La revolución turca conducida por Mustafá Kemal Atatürk, después de 1919, pudo haber devenido en un movimiento revolucionario de los campesinos de Anatolia contra la sociedad tributaria, similar al caso chino. En realidad, estuvo lejos de lograrlo. La revolución estuvo dirigida contra las incursiones imperialistas, la ocupación extranjera y el atrasado y corrupto aparato burocrático-militar de un sultanato semicolonizado, pero el pueblo no tuvo participación directa en ella.

En el siglo XIX, el vasto imperio regido por los otomanos por más de quinientos años se hallaba bajo el creciente ataque del imperialismo occidental y se enfrentaba a la franca rebelión de los Estados subordinados. A fines del siglo, el capital financiero europeo penetró rápidamente la región por la vía de la deuda externa del imperio que, por el año 1874 absorbía los cuatro quintos del total de los ingresos del sultanato. Las crecientes necesidades financieras del gobierno otomano lo llevaron a aumentar los impuestos que fijaba a los territorios dominados, agravando así la miseria de los campesinos y agudizando los antagonismos sociales internos.

Las ideas liberales reflejadas en la constitución política de 1876 cayeron en terreno estéril, a pesar de que la joven revolución turca de 1908 intentó implementar reformas políticas al estilo occidental. En 1914, el imperio se alió con las potencias centroeuropeas. La guerra minó aún más la dominación otomana, lo cual determinó la pérdida de grandes extensiones territoriales, lo que ocasionó nuevas revueltas regionales contra el gobierno central.

Como en el caso de la Restauración Meiji, la revolución turca se inició como una revuelta dentro de la clase dominante. Una fracción progresista de esta clase se alzó en contra y derrocó violentamente a la fracción tradicionalista, aliada del sultán y servil a los intereses imperialistas. Atatürk lanzó su movimiento de regeneración nacional en Anatolia Oriental, mediante la convocatoria, en 1919, del Congreso Nacional Turco, el cual condujo a la creación del Partido Nacionalista. Atatürk logró imponer su voluntad, a pesar de la intervención de las fuerzas aliadas, formando

un ejército nacionalista a partir de las milicias locales, resistiendo los avances de los italianos, franceses y griegos desde 1919 a 1923. El poder kemalista logró abolir el sultanato y en 1923 proclamó la república, con Atatürk como su presidente. En 1924, el califato, dirección espiritual del Islam, fue desmantelado. Ese año también se promulgó la nueva constitución, que garantizaba la modernización del Estado. Atatürk creó un Estado laico moderno, introdujo la planificación económica estatal, la propiedad estatal de las grandes industrias y cursó reformas sociales de amplio espectro, intentando occidentalizar al país, pero gobernó como un virtual dictador.

A pesar de su empeño en crear una nación moderna e independiente, el régimen kemalista no fue capaz de iniciar un proceso profundo de transformación social ni de rescatar al país del nexo imperialista. Resulta cuestionable si el movimiento revolucionario turco amerita el nombre de revolucionario. La verdadera batalla que se dio no fue entre las masas populares y las fuerzas de la reacción, que sostenían al viejo orden tributario, sino entre éstas - decadentes y sometidas al capitalismo extranjero - y los modernizadores, desde su posición nacionalista antimperialista. Además, y a pesar de la secularización, no hubo un verdadero ataque a la autoridad de la ideología tributaria. Por el contrario, en vez de levantar al campesinado de Anatolia para un asalto directo del viejo modo de producción, Atatürk tomó el poder y trató de erradicar el sistema tributario desde arriba, por la vía de la intervención estatal. Luego de un breve interludio, Turquía retrocedió al nivel prerrevolucionario de Estado marginal, orientado hacia las metrópolis capitalistas. A fines de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en un baluarte anticomunista de la alianza occidental y ha sido reintegrado por completo como un apéndice dependiente y subdesarrollado del sistema imperialista. En este sentido, el régimen Meiji disfrutó de la extraordinaria buena fortuna de capturar el Estado y comenzar su reforma en vísperas de la consolidación imperialista mundial. Si hubiese sido de otro modo, el destino de Turquía bien podría haber sido como el de Japón.

Egipto. Se pueden identificar cuatro momentos históricos en la larga marcha de Egipto hacia la modernización<sup>11</sup>. El primero, la campaña de Mohammed Alí a comienzos de 1800 para reformar el Estado constituye, junto con la Restauración Meiji, el único intento de transformación en la periferia no europea del siglo XIX. La reforma de Mohammed Alí se concentró en modernizar el ejército con el objeto de repeler los avances imperialistas y liberar al país del dominio otomano, entronizado en Egipto desde el año 1517. Como en el caso de Japón, la creación de una fuerza

<sup>11</sup>Sobre Egipto, ver Riad, Hassan: *L'Egypte Nassérienne* (París, Minuit, 1964). Hussein, Mahmoud: *Class Conflict in Egypt: 1945-1970* (Nueva York, Monthly Review Press, 1974). Amin, Samir: *The Arab Nation* (Londres, ZED Press, 1978).

militar de estilo occidental también significó la introducción de reformas administrativas y de la ciencia y tecnología occidentales.

El régimen de Mohammed Alí nacionalizó la tierra, estableció el monopolio en la industria, introdujo sistemas modernos de irrigación y cultivo de algodón e implementó reformas educacionales, pero no destruyó el modo de producción tributario. Egipto, al igual que la China, había desarrollado un sistema completo de producción tributaria, con una centralización clase/Estado del plusproducto tributario y su correspondiente variedad de islamismo, como forma de ideología oficial. En vez de atacar este modo de producción, Mohammed Alí se apoyó en él para extraer plusvalía de las aldeas y así financiar su programa de modernización. Impuesta desde arriba, la reforma se llevó a cabo sobre las espaldas de las masas. Un segundo factor que condenó el renacimiento industrial fue la proximidad de Europa. En 1840, las potencias europeas intervinieron a favor de los otomanos, poniendo así fin al primer intento egipcio de reforma moderna.

Entre 1848 y 1882 Egipto rechazó el camino de desarrollo autónomo y trató de modernizarse con la ayuda del capital europeo, insertando su economía en el mercado mundial a través de la producción algodонера, dirigida principalmente hacia Inglaterra. Este segundo intento de modernización coincidió con la consolidación mundial del capitalismo. Bajo el gobierno del Jediye Ismail, la clase dominante utilizó el Estado para apropiarle la tierra a una población campesina en estado de creciente pauperización, transformándola en una burguesía agraria apoyada y dependiente del capital financiero europeo. La gran propiedad latifundiaría capitalista se entronizó en el país, pero esta nueva burguesía era débil, tímida e incapaz de plantear una amenaza seria al modo de producción tradicional.

Las formas tributarias de explotación permanecieron vigentes y en 1880 la extrema pobreza rural alimentó la revuelta de Ahmed Orabi Pashá contra los extranjeros. El levantamiento fue aplastado por los británicos, quienes aprovecharon la ocasión para ocupar Egipto en 1882.

Egipto logró formalmente la independencia en 1922, pero permaneció como cliente británico. La tercera oleada de modernización fue desatada durante este período por el Partido Wafd de Saad Zaghlul. El partido luchó por la aceptación de una serie de exigencias democráticas y reformas nacionalistas, en un esfuerzo por ganar poder político. El partido logró abrir el camino para el rápido desarrollo de la industria liviana entre 1923 y 1945, pero a pesar de su retórica nacionalista ni siquiera soñó con romper con la tutela británica. Más aún, en su esfuerzo por ganar poder

político, el partido fue obligado a llegar a un acuerdo con la burguesía compradora y con la burguesía latifundiaría, esta vez en connivencia con la monarquía egipcia, que rigió desde mediados de la década del 20 hasta comienzos de los años 50.

Este compromiso enfrió el fervor reformista del Partido Wafd y melló su crítica de las relaciones tradicionales de clase. La consiguiente fragilidad de una recién llegada burguesía industrial, en verdad más bien una pequeño-burguesía, quedó de manifiesto por la incapacidad del Wafd de diseñar un programa de reforma agraria y de unirse a un campesinado explotado y sometido.

Su timidez permitió a la burguesía agraria copar la reforma y continuar su dominación de clase en colaboración con el rey y los ingleses, cuyas tropas ocuparon partes del país durante todo el período monárquico.

El ascenso de Gamal Abdel Nasser después del golpe de Estado de 1952, seguido por la proclamación de la república en 1953 y el retiro de las tropas británicas en 1954, señalaron la cuarta fase del desarrollo egipcio. Durante este período, que se prolongó hasta la muerte de Nasser en 1970, el escenario central fue ocupado por una burguesía estatista, actuando a través de un Consejo Revolucionario. La nueva clase gobernante desplazó a sus rivales, la burguesía agraria y la burguesía compradora. Esta clase se creó, por un lado, a través de una serie de nacionalizaciones que se llevó a cabo entre 1957 y 1961 y, por otra, a través de la reforma agraria de 1952, que acabó con el poder político del capital latifundiarío, reemplazándolo por una burguesía de campesinos ricos.

A pesar de todo esto, Egipto sigue siendo un país subyugado y marginal. Su régimen de capitalismo de Estado jamás ha sido capaz de sacudirse del todo el control imperialista, y la burguesía estatista no ha sido capaz de evitar devenir en mercantilista. El país después de 1970, bajo Anwar Sadat, retrocedió hacia una política de puertas abiertas, permitiendo al capital extranjero acceso directo a sus recursos humanos y naturales. Hoy en día, Egipto bien brinda un ejemplo clásico de economía excéntrica subdesarrollada, dirigida hacia el centro capitalista.

El camino egipcio hacia la modernización, al igual que el intentado por México y Turquía, no condujo a una transformación social revolucionaria o hacia una industrialización autocéntrica. La rebelión campesina no participó en la conducción de los eventos, ni una alianza obrero-campesina dirigida por un partido que representara el punto de vista de las masas trabajadoras y empeñado en terminar con la explotación de clases se hizo presente.

Separados de las masas trabajadoras, estos movimientos fueron incapaces de liberar a Egipto de la garra imperialista, haciendo una revolución democrático-nacional o avanzando hacia el socialismo.

### **Conclusión**

Antes de los tiempos modernos, tanto Europa como Japón eran sociedades feudales que existían en la periferia de las formaciones tributarias centrales. El feudalismo cristiano emergió de la desintegración del Imperio Romano - una de las grandes formaciones tributarias imperiales - y se desarrolló bajo su sombra. El feudalismo japonés creció en la periferia de otro vasto imperio tributaria, la China. En sus centros, el modo de producción tributario demostró ser particularmente resistente a la transformación social desde adentro; en cambio, las formaciones sociales feudales periféricas evolucionaron hacia el capitalismo mercantil y luego al industrial.

Luego de un período de transición al capitalismo iniciado por una reforma o una revolución, las antiguas formaciones feudales periféricas alcanzaron una predominancia industrial autocéntrica, desplazándose hacia el centro de un nuevo orden mundial. Los antiguos centro tributarios de la civilización, incapaces de organizar un contraataque contra la agresiva expansión capitalista, fueron marginalizados, su desarrollo fue inhibido y sacado fuera, es decir, quedaron girando en torno a las necesidades y designios de un puñado de naciones imperialistas. La transformación capitalista ha sido acompañada en el centro por una protesta radical contra las nuevas y viejas formas de explotación. En la medida en que el mayor peso de la explotación capitalista se desplazaba gradualmente del centro hacia la periferia, con la formación del capital monopólico y el sistema imperialista mundial a fines del siglo pasado y comienzo del actual, las revueltas populares siguieron esa corriente, desplazándose también hacia la periferia.

De las rebeliones que tuvieron lugar en la periferia capitalista durante este período, sólo la China pudo tomar un curso verdaderamente revolucionario hacia la liberación nacional y la transformación social. Se podrían aducir varios factores para explicar el éxito chino y el fracaso que finalmente marcó a los intentos mexicano, turco y egipcio de modernización<sup>12</sup>. De particular importancia es la cuestión de la

<sup>12</sup>Por ejemplo, los problemas étnicos en México y el carácter indígena de la revuelta campesina, particularmente en el Sur, crearon dificultades especiales a la revolución. En el caso de Turquía, el carácter cosmopolita del Imperio Otomano y la identificación del campesinado de Anatolia como la nacionalidad predominante del imperio, limitó las perspectivas revolucionarias. Ver Amin, Samir: *Presentation en Sertel, Y.: Nord, Sud, Crise et Immigration, le Cas Turc* (Publisud, 1987). Egipto también poseía características nacionales especiales, que lo hicieron intentar la modernización a comienzos del siglo XIX, pero es posible que estas mismas características inhibieran su transformación

burguesía mercantilista. El análisis revolucionario chino, a partir de la situación lograda en China durante los años 30, hacía una distinción entre burguesía nacional (industrial) y burguesía compradora (mercantil). Esta diferencia se mantiene para las colonias y semicolonias en general hasta la Segunda Guerra Mundial.

La penetración imperialista había transformado las colonias y semicolonias en economías agrarias industrializadas, cada una atada a los requerimientos específicos de su metrópoli industrial. El reclamo imperialista desestimuló la formación de una burguesía nacional industrial que pudiera haber crecido y rivalizado con la inversión extranjera. En contraste, la burguesía mercantil de los países colonizados se hallaba cómoda. Servía como un vínculo intermediario entre la burguesía latifundiaría y la clase campesina acomodada y los industriales metropolitanos con intereses en las colonias. Esta alianza internacional de clases - alianza contra los campesinos, obreros y elementos de la burguesía nacional - prevaleció hasta la Segunda Guerra Mundial.

La relación entre la burguesía nacional y la burguesía compradora no debe ser considerada en forma estática. Después de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de liberación nacional dirigidos por burguesías nacionales derrocaron el poder político de las tradicionales y dependientes burguesías latifundiarías compradoras. Esta transformación se logró en ausencia de una alianza obrero-campesina. Además, las burguesías nacionales victoriosas trataron de establecer una base industrial sin cercenar sus vínculos con el sistema capitalista mundial. En consecuencia, las nuevas élites gobernantes se encontraron sujetas a los dictados de la división internacional del trabajo, en la cual sus nuevos roles asignados seguían siendo subalternos. No pudieron hacer otra cosa que montar industrias de exportación hacia el mercado mundial y producir artículos de lujo para la burguesía local.

Desde la guerra, las burguesías marginales han podido sobrevivir sólo insertándose en el sistema capitalista mundial y entrando en una nueva alianza internacional de clases con el capital monopólico metropolitano. Esto las ha hecho renunciar al desarrollo nacional autónomo y autosostenido, en un proceso que podría describirse como de mercantilización o transnacionalización. La era del neocolonialismo es una era de total mercantilización. Sólo una alianza obrero-campesina puede romper este nudo y abrir el camino de una participación revolucionaria de las masas populares en el proceso de transformación nacional. Ahí reside la esperanza del

---

política y social. Ver Amin, Samir: *L'eurocentrisme*, op. cit. También Amin, Samir: «Contradictions in the Capitalist Development of Egypt», *Monthly Review*, N°4, septiembre de 1984).

Tercer Mundo en su lucha por alcanzar un futuro de autodeterminación en la comunidad de naciones.

La historia no se detiene aquí. Está a punto de abrirse otro capítulo. En la República Popular China la cuestión crucial es de si el futuro desarrollo humano y nacional tendrá lugar en el contexto de la lucha por revolucionar las relaciones de producción, eliminando toda forma de explotación, y en qué dirección, o si el estatismo prevalecerá generando y manteniendo las desigualdades sociales.

El resultado indudablemente influirá en otras revoluciones actualmente en gestación. Hoy en día, el Tercer Mundo como un todo se encuentra en vísperas de una revolución tipo 1911. La intensificación de las revueltas y las continuas rupturas sociales en la periferia capitalista significan la permanente desintegración del control imperialista y el desenvolvimiento de nuevas perspectivas revolucionarias.

(Traducción desde el inglés de S.R. Anacona).

### **Referencias**

- \*Amin, Samir, CLASS AND NATION. - París, Francia, Gallimard. 1969;
- \*Amin, Samir, L'EUROCENTRISME. - Antropos. 1988;
- \*Amin, Samir, MARX ET LA CHINE. - Stanford University Press. 1972;
- \*Amin, Samir, MONTHLY REVIEW. 4 -
- \*Amin, Samir, NORD, SUD, CRISE ET INMIGRATION, LE CAS TURE. -
- \*Amin, Samir, THE ARAB NATION. - 1984;
- \*Amin, Samir, UNEQUAL DEVELOPMENT. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1976;
- \*Balaczs, LA BUREAUCRATIE CELESTE. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1975;
- \*Bettelheim, Charles, CULTURAL REVOLUTION AND INDUSTRIAL ORGANIZATION IN CHINA - París, Francia, Anthopos. 1971;
- \*Bouc, Alain, MAO OU LA REVOLUTION APROFONDIE. - Cambridge University Press. 1977;
- \*Cardoso, F. H., SOCIOLOGIE DU DEVELOPPEMENT EN AMERIQUE LATINE. - París, Francia, Maspero. 1968;
- \*Chesneaux, Jean, POPULAR MOVEMENTS AND SECRETS SOCIETIES IN CHINA, 1840-1950 - París, Seuil. 1975;
- \*Dobb, Maurice, THE TRANSITION FROM FEUDALISM TO CAPITALISM. - Nueva York, EEUU, Schocken. 1978; Presentation.

- \*Dobb, Maurice, TRANSITION. - 1965;
- \*Furtado, Celso, ECONOMIC DEVELOPMENT OF LATIN AMERICA. - París, Francia, Minuit. 1964;
- \*Hassan, Riad, L'EGYPTE NASSERIENNE. - Londres, Inglaterra, ZED Press. 1978;
- \*Herzog Silva, Jesús, LA REVOLUTION MEXICAINE. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1974;
- \*Mahmoud, Hussein, CLASS CONFLICT IN EGYPT: 1945-1970 - Publisud. 1978;
- \*Marx, Karl, CAPITAL. 1 - Nueva York, EEUU, International Publishers. 1974;
- \*Perry, Anderson, PASSAGES FROM ANTIQUITY TO FEUDALISMO. - Nueva York, EEUU, Schocken. 1978;
- \*Samir, Amin, CLASS AND NATION, HISTORICALLY AND IN THE CURRENT CRISIS. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1980; Sertel, Y. -- Les historiens japonais et le mode de production asiatique.
- \*Shiokawa, K., LA PENSEE. 122 - París, Francia, Plon. 1976;
- \*Soboul, Albert, PROBLEMES PAYSANS DE LA REVOLUTION, 1789-1848. - París, Francia, Maspero. 1976; Contradictions in the Capitalist Development of Egypt.